



ROMANCE TRAGICO

**DE MARCOS VICENTE.**

*Refiérense los animosos hechos y valentias de este caballero natural de Valencia; dase cuenta de su cautiverio, y como renegó y se casó con la turca del amo que le habia cautivado: como fue veinte años pirata, y habiendo venido al Grao de Valencia, cautivó en la noche de San Juan á dos hijas suyas, y las llevó á Constantinopla.*

**PRIMERA PARTE.**

Suspendido Faeton,  
 vuela la fama y entone,  
 desde donde nace el sol,  
 hasta donde se traspone  
 con su dorado arrebol.  
 Vaya los aires rasgando,  
 por el mundo publicando  
 un suceso muy gustoso,  
 tan agradable y sabroso,  
 como se irá declarando.

Es un caso peregrino,  
 de hiel mazclado en dulzor,  
 de eterna memoria digno:  
 para lo cual el favor  
 invoco del Uno y Trino.

En la ciudad de Valencia,  
 tuvo cierta dependencia  
 un mozo noble y valiente,  
 llamado Marcos Vicente,  
 que le privó la paciencia.



Pues él y otro caballero,  
coléricos y enojados,  
el uno y el otro fiero,  
salieron desafiados  
de noche por un sendero.

Montantes los dos sacaron,  
diestramente pelearon:  
al fin Vicente venció,  
y al contrario derribó,  
y allí su pleito acabaron.

Por ser hombre principal  
el muerto, Vicente huyó,  
dejándose su caudal;  
y junto al mar se escondió,  
metido en un panizar.

Allí pensó estar seguro,  
dejóse vencer del sueño,  
no advirtiendo lo futuro,  
donde le busca otro empeño,  
tal como aquí le figuro.

De moros una galera  
con ciento y treinta ladrones  
llegó junto á la ribera,  
la cual con sus municiones  
se mostraba fuerte y fiera.

La perra y pésima gente  
por la ribera buscando  
andaba muy diligente,  
y encontraron reposando  
á nuestro Marcos Vicente.

Al ruido que llevaban  
diligente despertó,  
treinta turcos le cercaban,  
mas él se desenvolvió,  
tanto que se desviaban.

Con un gallardo semblante  
rodea tan diestramente  
seguro y firme el montante,  
que ya la pésima gente  
se le aparta de delante.

Porque difantos tenia  
nueve delante de sí,  
gritando en su algaravía  
los demás: aquí, aquí;  
y ya el Arraez venia.

Para salir de esta afrenta,  
de moros mas de cincuenta  
vino el turco rodeado,  
el cual se quedó admirado  
al ver lo que representa.

Marcos, nuestro valenciano,  
y á los suyos dijo: afuera;  
repórtate ya, cristiano,  
ven conmigo á mi galera,  
te trataré como á hermano.

¡Date ya, cristiano, á mí,  
que por verte tan valiente  
me he enamorado de ti.  
Respondió Marcos Vicente:  
ya soy tuyo, sea así.

Por mi adorado alcorán  
juro á ley de capitan,  
y á Mahoma por testigo,  
que has de ser mi caro amigo,  
libre de pena y afan.

Uno y otro se abrazaron,  
y á una juntos juraron  
de guardarse lealtad,  
sin romper en su amistad,  
y contentos se embarcaron.

Tanto el Arraez le queria,  
que sin él no se encontraba:  
siempre á su mesa comia,  
y consigo lo llevaba  
siempre de noche y de dia.

Y fue tanta la afición  
que el turco le fue cobrando,  
que les causa admiracion  
á los turcos de aquel bando  
su mucha conversacion.



Llegado el turco á su casa  
que tiene en Constantinopla,  
con una presa no escasa,  
que el viento en favor le sopla,  
notad, sabreis lo que pasa.

En llegando, que llegó,  
una turca hermosa y bella  
á recibirle salió,  
tanto, que Vénus al verla  
casi sin juicio quedó.

Las mesas se aderezaron;  
muchos regalos sacaron;  
y alzada que fue la mesa,  
fue lo que comunicaron  
solo del viage y presa.

Mandó el turco aderezar  
un aposento curioso  
para al cristiano alojar:  
dejóle, y fuese gustoso  
con su muger á acostar.

Entre tanto regocijo,  
quién es aqueste cristiano  
(la bella turca le dijo)  
que regalais como hermano?  
Algun misterio colijo.

Mucho sin duda parece  
el valor de su persona.  
Respondió el Arraez: merece  
de este imperio la corona,  
y es poco lo que se ofrece.

No ví valor semejante:  
se defendió de mi gente  
tan solo con un montante;  
no hubo turco tan valiente  
que le parase delante.

Qué diré de su nobleza,  
su dulce conversacion,  
afabilidad, destreza;  
en efecto es un varon  
real de naturaleza.

Tal fineza de él contaba,  
tanto el turco lo alababa,  
que ya la turca famosa,  
del cristiano no habia cosa  
que al alma no le llegara.

Como el turco era celoso,  
ella al instante dió traza  
para no serle enfadoso,  
y sagaz amor le traza  
con afecto temeroso.

Una noche al turco vió  
en su cama descuidado,  
un lazo al cuello le echó,  
y apretando lo ahogó  
con ánimo denotado.

Dando á entender á su gente,  
que lo halló sólidamente  
difunto sobre su cama;  
muchas lágrimas derrama,  
suspirando falsamente.

Quien mas su muerte sentia,  
fue su dulce y leal amigo,  
pesábale, y le decia:  
no me traieras contigo  
en tu dulce compañía:

Para no verme cautivo  
en este pueblo lascivo.  
La turca le dijo paso:  
os quiero contar un caso,  
no del muerto, sí del vivo.

El Arraez ya sepultado,  
la turca se deshacia,  
habló con su apasionado,  
de esta suerte le decia  
en un retrete apartado.

Esta muerte, dulce amigo,  
trajo la gloria consigo,  
que me veo ya apartada  
de aquel, por verme casada,  
dulces amores, contigo.



Adora nuestro profeta,  
serás de mí regalado:  
deja tu ley imperfecta,  
sigúe mi alcoran amado,  
pues es tan buena mi secta.

Serás señor de la gente  
que sirve en esa galera,  
serás Arraez permanente:  
la fama del otro muera,  
pues eres tú mas valiente.

Tú serás de mi tesoro  
señor, si te vuelves moro:  
gozarás de mi hermosura;  
no pierdas tal coyuntura,  
que tengo gran suma de oro.

Ciego ya del interés,  
y de su rara hermosura,  
que al hombre tropiezo es,  
Marcos Vicente apresura  
hácia el infierno los pies.

Dejando aquella grandeza  
en donde el alma atesora,  
ofuscado en su maleza,  
se casó con esta mora  
por una breve flaqueza.

Justos andavo veinte años  
por las playas españolas,  
con excesivos engaños,  
hasta que en las mismas olas  
remedió Dios estos daños.

En Valencia le quedó  
una niña de año y medio,  
otra su muger pariò,  
ausente de su remedio,  
pues en cinta la dejó.

Noche del Bautista Juan,  
estas dos damas doncellas,  
y otras muchas damas van  
al Grao, sus madres con ellas,  
sin recelo y sin afan.

Es usanza acostumbrada,  
de San Juan todas las noches,  
la vigilia señalada,  
ir las carrozas y coches  
al Grao, vereda usada.

Cansadas de pasear,  
las dos hermanas llegaron  
á la orilla del mar,  
y dormidas se quedaron  
en un punto sin pensar.

Recordó despavorida,  
y le dijo á la mayor  
la menor muy afligida:  
vamos, hermana querida,  
vamos, que tengo temor.

Pues soñaba que un morazo  
nos llevaba á Berbería:  
qué disforme es el perrazo!  
vámonos, hermana mia,  
antes que venga el galgazo.

Apenas fueron alzadas,  
cuando de su mismo padre  
fueron las dos asaltadas,  
y á gritos llaman su madre,  
con voces aceleradas.

A las voces que ellos dieron,  
muchas gentes se llegaron,  
pero de valde vinieron,  
sin fruto se aceleraron,  
y sin ellas se volvieron.

Metiólas con gran presteza  
el renegada en su barca,  
admirando su belleza,  
en su galera se embarca,  
zarpando con ligereza.

Su afliccion y desconsuelo  
procuró templar con arte;  
todo lo demás direlo  
en otra segunda parte,  
si me dá su gracia el cielo.



## SEGUNDA PARTE.

*Refiérese como al cabo de tres meses se vino á descubrir que eran sus hijas las damas que habia cautivado, y por su medio se volvió á nuestra santa Fé católica; y disponiendo su galera para ir á Argel, bien proveída de cautivos cristianos, con su muger y sus hijas, dirigió su viaje para España. Dase cuenta como en el camino le dió muerte á su muger, y llegando despues con toda felicidad á la ciudad de Valencia, se echó á los pies de los señores del santo tribunal, y fue perdonado; con todo lo demás que verá el curioso.*

Atencion otra vez pido,  
para poder proseguir  
lo que dejé suspendido,  
y para poderlo oír  
préstenme grato el oído.

A la vela el renegado  
se hizo, y puesto en alta mar,  
á su casa ha enderezado:  
pensó un tesoro llevar  
con lo que habia pillado.

Al paso que su alegría  
iba tomando incremento,  
la pena y melancolía,  
la tristeza y sentimiento  
en las cautivas crecía.

El trastorno que en el mar  
padece el no acostumbrado,  
verse robadas llevar,  
un tan miserable estado  
las llegaba á congojar.

Niñas tiernas, delicadas,  
iban derramando perlas,  
aunque muy agasajadas  
del padre, y sin conocerlas  
las llevaba bien cuidadas.

Muy grande fue el sentimiento  
de los que al lance asistieron,  
y con valor y ardimiento  
remediarlas no pudieron,  
que fue muy duro tormento.

Los extremos de la madre  
lo mejor será dejar,  
consuelo no hay que le cuadre;  
la vida pensó acabar:  
pero volvamos al padre.

Viéndolas ir sollozando,  
las dice: damas graciosas,  
para qué vais suspirando?  
no lloreis, que sois hermosas,  
y á mí me vais lastimando.



En mi casa servireis  
solamente á mi muger:  
niñas, no os acongojeis,  
y bien lo podeis creer,  
que muy queridas sereis.

De mi sereis regaladas,  
por ser de tan buena tierra,  
que me pareceis houradas,  
y si mi mente no yerra,  
nobles pareceis, cuitadas.

Algun tanto consoló  
á las damas lo que habló:  
con el viento que les sopla  
fue en breve á Constantinopla,  
y á su muger presentó

Las dos cautivas cristianas:  
la cual de envidia se muere,  
viéndolas ir tan galanas,  
dice, que esclavas no quiere  
tan gallardas y lozanas.

El piadoso renegado  
se mostró muy enojado,  
y dice: ellas han de estar,  
y vos no habeis de quedar,  
ó habeis de hacer mi mandado.

Ved que sean regaladas,  
que eso les he prometido:  
básteles á las cuitadas  
carecer del patrio nido,  
y en tierras tan apartadas.

Recibidlas con amor,  
mientras que viene el rescate:  
merezca yo este favor;  
poco durará el combate,  
pues parecen de valor.

La turca por conveniente  
tuvo, hablar alegremente;  
mas tal odio las cobró,  
que nunca bien las trató,  
sino es estando él presente,

Cuando el padre se iba fuera,  
desnudarse las hacia  
de sus galas esta fiera,  
mil oprobios las decia,  
rabiando como quien era.

El piadoso renegado  
descuidadas las cogió  
á sus dos hijas amadas,  
y así la turca pagó  
la pena de las cuitadas.

Por dos ó tres largas salas  
la arrastró de los cabellos,  
igualando las escalas,  
la casa barrió con ellos,  
y la turca con sus galas.

Diciendo: perra homicida,  
del alcorán descreida,  
por Mahoma en quien adoro,  
que os ha de costar la vida,  
sino las guardais decoro.

Con el castigo se enmienda,  
y ya no las maltrataba:  
detúvose de la rienda;  
antes las acariciaba,  
porque su esposo lo entienda.

Mas no la dejó por eso  
á aquella maldita infiel  
su perverso pensamiento,  
acabarlas fue su intento,  
con un castigo cruel.

Mas como las asegura  
quien no quiere que se pierda  
su bella imágen y hechura  
del que le dió larga rienda,  
que su salvacion procura.

Un dia la turca estaba  
en un baño y se bañaba,  
y el piadoso renegado  
en su cama descuidado  
algun tanto reposaba.



Y como solas se hallaron  
las doncellas este dia,  
una cancion comenzaron  
de la sagrada María,  
la que ellas así entonaron.

En la corte celestial  
un casamiento se ordena  
con un Varon excelente,  
y una Virgen santa y bella;  
virgen es él, y virgen es ella.

El padre dispierto estaba,  
y vino á reconocer  
en su mente y parecer,  
que muchas veces cantaba  
esta cancion su muger.

Preguntólas: teneis padre?  
deklaradme este concepto,  
para que á mi Dios le cuadre,  
que me digais, me prometo,  
el nombre de vuestra madre.

En qué calle de Valencia  
ha sido vuestra asistencia?  
y respondió la mayor  
con discrecion y prudencia:  
escúchame, mi señor.

En la calle de la Mar  
era nuestro sitio y casa;  
mi madre se ha de llamar  
Doña Ana de Villarrasa;  
mi padre se fue á ausentar

De la ciudad de Valencia,  
porque en reñida pendencia  
á un caballero mató,  
y jamás nos escribió,  
con ser hombre de prudencia.

Yo de año y medio quedé,  
y mi madre embarazada,  
de esta mi hermana cuitada,  
que se vé tan arrastrada;  
esto es, señor, lo que sé.

Decid, doncella prudente:  
por ventura vuestra madre  
jamás os trajo á la mente  
el nombre de vuestro padre?  
sí señor, Márcos Vicente.

No quiso mas escuchar,  
ya del todo arrepentido,  
las hijas llegó á abrazar,  
de amor de Dios encendido  
no cesaba de llorar.

Abrazad á este perdido,  
hijas mias de mi alma,  
fiero, aleve y descreído,  
que se vé abrasado en calma  
si de Dios no es socorrido.

Que yo soy Marcos Vicente,  
que veinte años he negado,  
por este placer presente,  
á Cristo, Verbo humanado,  
Rey supremo omnipotente.

La turca llamó al instante,  
y al llanto tan penetrante  
pusieron puestas los tres,  
dejando para despues  
el medio mas importante.

A la turca dijo un dia,  
como concertado habia  
el ir á vivir á Argel,  
por tener mas cerca de él  
los cristianos que cogia.

Mucho le teme la mora,  
no le osa contradecir;  
vámonos, dice, en buen hora,  
luego podemos partir,  
cuando os parezca que es hora.

Metió todo su tesoro,  
perlas, aljofar y oro,  
las hijas en compañía,  
y otros bienes que tenia;  
mas no embarcó ningun moro.



Ciento y sesenta cristianos  
alquiló para remar,  
todos de España, y ufanos  
se meten en alta mar,  
de Dios puestos en las manos.

Cuando ya se vió engolfado,  
de la morisma apartado,  
á los cautivos decia:  
caminemos con cuidado,  
siervos de santa María.

Ya no sois cautivos, no,  
que á vuestras tierras marchais,  
tambien soy cristiano yo.  
Y la turca preguntó:  
qué es eso que pronunciais?

No renegasteis de Cristo,  
de su Madre y de su fé?  
Dices bien que renegué;  
mas como mi engaño he visto,  
la enmienda procuraré.

Si tú quieres ser cristiana,  
estos bienes partiré  
contigo de buena gana;  
y si no te acabaré  
como perversa pagana.

Respondió la mahometa:  
no dejaré yo mi secta,  
y en esto solo me fundo.  
Pues anda, vete al profundo,  
perra, tirana, imperfecta.

A las olas la entregó,  
las aguas se la sorbieron:  
y á remo y vela llegó  
á Valencia, do supieron  
el caso como pasó.

Las hijas, por rematar,  
se vinieron á casar  
con dos hijos del difunto,  
uno con el otro junto,  
ambos quieren perdonar.

Las bodas se celebraron,  
y ricas fiestas se hicieron:  
los cautivos ayudaron,  
y luego los socorrieron,  
y á sus tierras se marcharon.

Muchas glorias se les den  
á Jesus de Nazaret,  
y á su Madre, Virgen pura,  
que nos den gloria segura  
por siempre sin fin. Amen.

**FIN.**

**VALENCIA.**

*Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, número 24, donde se ha-  
rán otros diferentes, comedias antiguas y modernas, autos sacra-  
mentales, entremeses, historias, sainetes y papeles sueltos.*